

La estructura y los contenidos de este manual derivan de las cuestiones fundamentales de la ciencia teológica, y de consideraciones de realismo pedagógico. Se trata de un libro que quiere recoger temas básicos de la teología, y presentarlos de un modo útil y comprensible para los lectores. Muchos de estos se asomarán por primera vez en estas páginas a la teología. Otros podrán contrastar y puntualizar conocimientos que en alguna medida ya poseen.

El autor es consciente de que en una época de transición, que vive una cierta crisis de la teología, no resulta fácil optar por contenidos introductorios que a todos parezcan bien elegidos. Pero lo que podía haber sido fuente de perplejidad se convierte de hecho en una recomendación a adoptar un camino que conduzca lo más recto posible a la meta natural de una introducción como la que el lector tiene en sus manos.

El libro se divide en cuatro secciones, tituladas la Teología (I), los Presupuestos de la Teología (II), las Fuentes de la Teología (III), y la Teología como Ciencia (IV).

La brevedad de la *primera Sección*, que comprende dos capítulos, permite advertir su importancia. Trata de la teología, y de la gran cuestión que constituye la razón de ser de la ciencia teológica: Dios que se revela en Jesucristo. Aunque una percepción más acabada de ambos asuntos y de los problemas que suscitan no se alcanzará hasta más adelante, el lector podrá captar, ya desde el principio, algo de la naturaleza del terreno en el que se adentra.

La *Sección segunda* se ocupa de los factores constitutivos o condiciones de posibilidad de la teología, es decir, de aquellos elementos divinos y humanos, de los que la teología depende para su formación y desarrollo. Estos elementos son básicamente tres: la fe de la Iglesia, la

razón humana, y el lenguaje como aspecto fundante de la existencia personal, tanto comunitaria como individual.

Fe, razón y lenguaje reciben aquí tratamiento sucesivo, pero se hallan profundamente interrelacionados. Porque la fe se inserta en los procesos de la mente humana, que determinan el lenguaje, y son a la vez determinados por éste.

La *Sección tercera*, que expone las fuentes de la Teología, presenta y analiza la materia prima de la ciencia sagrada, es decir, los elementos positivos que la alimentan y contribuyen a su constitución.

Se habla, en primer lugar, de la Sagrada Escritura, porque la Palabra escrita de Dios es el alma y la raíz de la Teología. Sigue la Tradición de la Iglesia, como fuente normativa, junto con la Escritura, de la religión cristiana.

La experiencia creyente hace referencia al existir cristiano, es decir, a la existencia humana según el Evangelio que, activa y operante en el suelo eclesial, es también una fuente de la Teología. Se recoge aquí la vivencia de los hombres y mujeres cristianos que han recibido su fe de la Iglesia, y que han enriquecido a ésta con su vida y con sus virtudes.

En esta secuencia de fuentes teológicas no puede faltar la historia, entendida sobre todo como dimensión y curso temporal de la realidad, que permite una comprensión cada vez más honda de la Palabra de Dios. Porque el hombre y la mujer, interlocutores de Dios y destinatarios de la autorrevelación divina, son seres históricos.

El Magisterio no figura el último en ésta relación porque sea menos importante. Aparece como la referencia eclesial de los otros factores, y como un servicio que ayuda a la recta comprensión de cada uno de ellos.

La *cuarta y última Sección* se ocupa de la Teología en cuanto actividad científica, rigurosa y sistemática. La contempla unitariamente como sabiduría, ciencia, y praxis de la vida eclesial, porque la teología se enraíza en el existir de la Iglesia.

La Teología, ciencia de fe, es consciente de su condición de saber situado, es decir, de su honda relación con los tiempos históricos y con la cultura. Su aspiración a la universalidad no impide su asociación estrecha con épocas y lugares, ni su naturaleza de saber estable disminuye su conciencia de provisionalidad e imperfección.

El método teológico es por eso una cuestión central que nunca puede ni debe considerarse cerrada. En torno al Concilio Vaticano II, la Teología ha adquirido una particular autoconciencia de sí misma, y

PRÓLOGO

consiguientemente de su carácter y tareas. El método para realizarlas se sitúa entre dos polos, que son la Revelación y la cultura. Sin docilidad a la Palabra de Dios no hay teología, y tampoco puede haberla sin apertura a la cultura profana.

Estos imperativos se reflejan en el decisivo papel de la filosofía, que es como el cuerpo y el lenguaje de la teología, como las matemáticas son el lenguaje de la física. Sin filosofía no puede haber expresión teológica, porque la gramática no basta. Cuestión central resulta entonces la de discernir, con criterio adecuado, los instrumentos filosóficos más aptos para construir la teología.

El capítulo decimoquinto analiza, de un lado, las distintas disciplinas teológicas, que en el marco de la unidad de la teología constituyen sus ramificaciones, aunque no al modo de sumandos o espacios independientes. Vertebradas todas por la dogmática y fecundadas por la espiritualidad, destaca en ellas la dimensión ecuménica, porque cualquier proyecto teológico debe incluir, como horizonte y como meta, la unidad de los cristianos.

El texto concluye con una breve historia de la teología cristiana.